

cién escapado de la prisión de Arleux, tales cosas dijo al populacho allí congregado por el preboste de los mercaderes, Esteban Marcel, que todos prorrumpieron en aplausos, «protestando que nada se haría sino por orden del rey Carlos; y todos los parisienses tomaron el color rojo de la librea del rey de Navarra en sus chaperones ó gorras, taraceándolo con el rojo de que ellos usaban» (1). Él consiguió que los gremios y los principales ciudadanos de la capital de Francia, invadiendo tumultuariamente el palacio del Delfín, que gobernaba en ausencia del rey su padre, preso en Londres, obligaran á devolverle todos los estados, villas y castillos que había perdido antes del famoso festín de Ruán (2), diciéndole con osadía: *Señor, contentad en todo al rey de Navarra, y sea de bien á bien, porque así conviene.*

Bajo los reinados sucesivos — después del de Carlos III el Noble, en quien se advierten excepcionales conatos de identificación con los patrióticos instintos de su pueblo — se reproducen hechos semejantes, que patentizan la índole y tendencias francesas de la monarquía navarra, y de consiguiente el peligro de que este pequeño estado viniera á convertirse declaradamente en provincia francesa en cualquier apurado trance. No era esto tan inverosímil atendida la versátil condición humana. La desgraciada princesa D.^a Blanca, hermana del príncipe de Viana, no menos desventurado, estuvo á punto de ceder sus derechos á la corona de Navarra en el conde de Armagnac; y así declaró ser su voluntad, antes que renunciar en su hermana D.^a Leonor ó en D. Fernando de Aragón, en la protesta que dejó escrita en Roncesvalles en 1462, cuando el condestable Mosén Pierres de Peralta la llevaba á Francia de orden del implacable D. Juan II á morir envenenada en el castillo de Orthez.

La política nacional, pues, aconsejaba en la época crítica en que nos hemos colocado, que dejara de estar tan directamente

(1) YANQUAS, *Hist. comp: rey D. Carlos II, el malo.*
 (2) Á su tiempo contaremos lo que eso fué.

influida por la nación vecina esa provincia navarra objeto constante de la ambición del castellano y del francés. Aragón, que poderoso con su crecimiento allende el Mediterráneo, hubiera quizá aspirado á disputar á Castilla la presa, estaba unido con su antigua rival por el enlace de las dos coronas en los reyes Fernando é Isabel. Castilla, estado guerrero, imponente, inmenso, que en el espacio de cinco siglos, semejante al grano de mostaza de la parábola evangélica, sembrado por Fernán González orillas del Arlanza, creció como árbol robusto hasta tocar con sus ramas en la encantada Parténope; Castilla era la nación á quien una política previsora y la razón suprema del *equilibrio* entre los grandes estados, adjudicaban ese rincón de la Península, verdadera manzana de la discordia entre dos gigantes belicosos.

XIII

No perdamos de vista la situación del mundo europeo en los siglos XIV y XV, y cuánto había cambiado desde los tiempos en que cualquier pequeño estado podía aspirar á los más gloriosos destinos mediante el esfuerzo de su valor y de su fe. No estamos en los siglos de Sancho Abarca, de García el Tembloso, de Sancho Ramírez, de Alonso el Batallador y de Sancho el Fuerte: aquellos altivos pero creyentes guerreros, aunque atormentados por enconosas rivalidades, pusieron siempre su confianza en el Dios de las batallas al cimentar y engrandecer sus estados, con lo cual defendían y afianzaban la Cristiandad. Y aunque las santas revelaciones que tantas veces les alentaron en la víspera del combate fueran meros sueños de su mente exaltada, no por eso es menos evidente su viva fe y el poderoso influjo de la religión en las espléndidas páginas de la reconquista. Todo, en efecto, lo debieron los fervorosos paladines de la

Edad de hierro al patrocinio de los santos, los cuales —ellos los veían— peleaban á su lado las batallas del Señor; y no en vano la antigua piedad reverente alzaba en las comarcas rescatadas y teñidas de sangre infiel aquellos numerosos santuarios, donde no sabemos hoy qué admirar más, si la ingenua y sencilla fe de nuestros mayores, ó las formas ingenuas y sencillas del arte que los produjo. La Madre de Dios, santo prototipo de pureza, de hermosura y de clemencia, flor preciosa que embalsama con su celestial fragancia todas las memorias históricas de la militante fe española, se eleva en la caliginosa noche de nuestra romanesca Edad-media como astro esplendoroso y sereno que guía las rápidas evoluciones de las anhelantes mesnadas, el paso de los caudillos, la diestra de los reyes, el discurso de los consejeros, las deliberaciones de las asambleas eclesiásticas y civiles, la acción del episcopado y del sacerdocio, las provechosas tareas científicas, artísticas y agrícolas del monacato. La Virgen María, ante cuya pudorosa hermosura huyen avergonzadas las hurís del Islam, las walkirias de Odino, las ninfas del heleno y la Maitagarri del vasco, preside á la formación de las haces cristianas, multiplica sus efigies en las gargantas de las montañas, en la brumosa cresta de las sierras, en lo recóndito de las solitarias y enmarañadas selvas, donde quiera que se abate ó desfallece la constancia del soldado; y después que con su aparición, real ó sinceramente imaginada, decide la victoria, permanece entre sus fieles devotos —en Zaragoza, en Covadonga, en Montserrat, en Artajona, en Ujué, en Estella, en Pamplona, en cien templos y altares,— prodigando aun en siglos de escasa fe, dones y gracias á los creyentes que imploran su patrocinio. Á vueltas de luctuosos reveses y de señalados triunfos, mientras las otras naciones cristianas del Occidente se precipitaban armadas sobre el Asia á la voz de Urbano II lanzada en el concilio de Clermont, y al grito de *¡Dios lo quiere!* se unían, torciendo felizmente el curso á la actividad devoradora de los príncipes y señores del desmembrado Imperio de Carlomagno, haciendo posible la cons-

titución de estados regulares, abriendo vías á las relaciones comerciales é intelectuales entre los dos continentes, y, lo que era aún más apremiante, repeliendo la amenazadora barbarie de los turcos, que acababan de reducir á cenizas el floreciente Imperio de los abassidas y amagaban caer sobre Europa trayendo consigo las feroces hordas de los tártaros-mongoles, encaminados por Gengiskan hacia el Occidente; mientras esto lograban con la portentosa obra de las Cruzadas los pueblos más grandes de la Europa latina y germana, la nacionalidad española, cuyo núcleo era Castilla, crecía pujante en su especial cruzada de la reconquista y se dilataba por cuanta tierra fertiliza el undoso y turbio Guadalquivir. Toledo había abierto sus puertas al glorioso Campeador, á aquel héroe de vida semi-legendaria cuya figura homérica admiramos como la más cumplida personificación de la militante fe española en la Edad-media; y aunque el África lanzaba de su abrasado seno contra nuestro suelo—baluarte meridional de la Cristiandad,—sus inacabables ejércitos, primero los almoravides, ignorantes y feroces, y después los almohades, igualmente impetuosos al principio, si bien al fin amigos de las artes y de la cultura, todos los cuales inundaron la Andalucía con sus volantes escuadrones, como inundan las nubes de langostas los campos cubiertos de doradas mieses; el común peligro unió á las diversas monarquías peninsulares y la cruz triunfó á pesar de los desesperados esfuerzos del mahometismo. La derrota de Alarcos, y otras no menos sangrientas, oscurecieron momentáneamente como pardo celaje el júbilo de Castilla enriquecida con la cesión de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa; las guerras de regencia la atribularon asimismo; pero la fe redobló sus esfuerzos, y para defender y acrecentar sus conquistas formó milicias escogidas, únicamente consagradas á la santa empresa nacional, órdenes religiosas y militares á la vez, que amaestradas en los institutos de San Agustín y del Cister, y bajo las sagradas enseñas de Alcántara, Calatrava y Santiago, fertilizaron con raudales de sangre africana en las Navas de To-

losa, en Baeza, en Córdoba, Sevilla y toda la alta Andalucía, los campos devorados por la zizaña.

Muy diferente espíritu animaba á las naciones cristianas en los siglos XIV y XV. La exaltación y triunfo de la Cruz había dejado de ser el objeto supremo de la política de los reyes: había cesado el vigoroso impulso que, comunicado por el genio de Gregorio VII al Occidente, se perpetuó por espacio de dos siglos proclamando la atrevida doctrina del derecho feudal del Pontificado sobre las naciones por la gracia de Dios vencedoras del paganismo y del islamismo; y franceses y alemanes habían puesto término á su cruzada cansados de trabajar juntos. En vano el papa Hildebrando reivindicando la supremacía de la Santa Sede y probando á Enrique IV que como emperador dependía del pontífice por la cesión de Carlomagno, y como rey ceñía una corona electiva, cuya autoridad sólo databa del destronamiento de Carlos el Grueso, se propuso reprimir el desenfreno de los reyes y los escándalos del episcopado, y dominar la descomulgada soberbia de los Emperadores que usurpaban al poder espiritual el derecho de investidura. En rigor, las naciones del disuelto Imperio de Occidente habían cumplido su encargo, aunque el sepulcro de Cristo hubiese quedado en poder de infieles. Si después de dejar en los ardientes arenales de Túnez el cadáver del rey San Luís, como prenda de su último sacrificio por la obra colectiva de la Cristiandad, quieren renunciar á la grandiosa fraternidad católica y á la unidad armónica de la Edad-media para entregarse al *individualismo* político, con sus intereses de mera localidad y su secuela de rivalidades de estado á estado, nadie podrá estorbárselo; aunque al renunciar á esa admirable fraternidad, que nunca había conocido el mundo hasta fundarla el Pontificado con el prestigio de la santidad y de la sabiduría, sacudiesen el yugo más suave, el vínculo más feliz que pudo jamás unir á los pueblos en la tierra, cual es el de la *Fe*. La Providencia lo consentirá, porque con sus altos designios no es incompatible el libre albedrío de las naciones; mas no se crea

que las huestes cristianas han cruzado ocho veces los mares para declararse humilladas ante los sectarios del Profeta: no, los vigorosos paladines, defensores de la Cristiandad asediada, se disponen de nuevo á combatir: han mudado de posición, han abandonado el monte y la llanura para ocupar la fortaleza y sus torreones.... El otomano que no desiste de su empresa va á apoderarse de Constantinopla, á invadir la Grecia, á penetrar en Hungría: va á abrir en la ciudadela sitiada una profunda brecha, y si la Cristiandad sufre á un tiempo dos embestidas por sus dos extremos de Oriente y Occidente, divirtiendo al par sus fuerzas escuadras numerosas que la dejan mal defendida en el centro y en Italia, tendrá infaliblemente que sucumbir. Debe, pues, el baluarte de España mantenerse firme é incontrastable y arrojar al enemigo de su recinto, porque los acontecimientos se precipitan y los años pasan como el polvo de los prados en alas del viento; los decretos de la divina Providencia han de cumplirse, y si infiel á su consigna se duerme en la vela el campeón de la cristiandad, otro vendrá que le sustituya, para que por su culpa no sobrevenga la derrota. Si los hijos del vencedor del Salado abandonan en los días de prueba el puesto de honor, en pos de ellos vendrán á ocuparlo los católicos Fernando é Isabel; y ellos llevarán á cabo la grande obra en mal hora interrumpida por estériles contiendas entre cristianos, antes que las proas turcas opriman el fuerte bastión de Rodas.

Pero no lidian ya sólo por la Fe, como lidiaron D. Alfonso el de las Navas y D. Fernando el Santo, ni como lo hicieron D. Alfonso XI en Algeciras, y los Reyes Católicos en Granada; desde el siglo XIV la guerra se hace para la conquista, sin que se tome en cuenta la profesión de fe del conquistado. La ciencia política de las naciones tiene ya por objeto único prosperar y engrandecerse, con entera independencia de aquel centro común, Roma, donde antes residía el supremo árbitro y regulador de los derechos controvertidos. Cierta vago instinto advertía, sin embargo, que era necesario equilibrar las grandes nacionalidades

Edad de hierro al patrocinio de los santos, los cuales —ellos los veían— peleaban á su lado las batallas del Señor; y no en vano la antigua piedad reverente alzaba en las comarcas rescatadas y teñidas de sangre infiel aquellos numerosos santuarios, donde no sabemos hoy qué admirar más, si la ingenua y sencilla fe de nuestros mayores, ó las formas ingenuas y sencillas del arte que los produjo. La Madre de Dios, santo prototipo de pureza, de hermosura y de clemencia, flor preciosa que embalsama con su celestial fragancia todas las memorias históricas de la militante fe española, se eleva en la caliginosa noche de nuestra romanesca Edad-media como astro esplendoroso y sereno que guía las rápidas evoluciones de las anhelantes mesnadas, el paso de los caudillos, la diestra de los reyes, el discurso de los consejeros, las deliberaciones de las asambleas eclesiásticas y civiles, la acción del episcopado y del sacerdocio, las provechosas tareas científicas, artísticas y agrícolas del monacato. La Virgen María, ante cuya pudorosa hermosura huyen avergonzadas las hurís del Islam, las walkirias de Odino, las ninfas del heleno y la Maïtagarri del vasco, preside á la formación de las haces cristianas, multiplica sus efigies en las gargantas de las montañas, en la brumosa cresta de las sierras, en lo recóndito de las solitarias y enmarañadas selvas, donde quiera que se abate ó desfallece la constancia del soldado; y después que con su aparición, real ó sinceramente imaginada, decide la victoria, permanece entre sus fieles devotos —en Zaragoza, en Covadonga, en Montserrat, en Artajona, en Ujué, en Estella, en Pamplona, en cien templos y altares,— prodigando aun en siglos de escasa fe, dones y gracias á los creyentes que imploran su patrocinio. Á vueltas de luctuosos reveses y de señalados triunfos, mientras las otras naciones cristianas del Occidente se precipitaban armadas sobre el Asia á la voz de Urbano II lanzada en el concilio de Clermont, y al grito de *¡Dios lo quiere!* se unían, torciendo felizmente el curso á la actividad devoradora de los príncipes y señores del desmembrado Imperio de Carlomagno, haciendo posible la cons-

titución de estados regulares, abriendo vías á las relaciones comerciales é intelectuales entre los dos continentes, y, lo que era aún más apremiante, repeliendo la amenazadora barbarie de los turcos, que acababan de reducir á cenizas el floreciente Imperio de los abassidas y amagaban caer sobre Europa trayendo consigo las feroces hordas de los tártaros-mongoles, encaminados por Gengiskan hacia el Occidente; mientras esto lograban con la portentosa obra de las Cruzadas los pueblos más grandes de la Europa latina y germana, la nacionalidad española, cuyo núcleo era Castilla, crecía pujante en su especial cruzada de la reconquista y se dilataba por cuanto tierra fertiliza el undoso y turbio Guadalquivir. Toledo había abierto sus puertas al glorioso Campeador, á aquel héroe de vida semi-legendaria cuya figura homérica admiramos como la más cumplida personificación de la militante fe española en la Edad-media; y aunque el África lanzaba de su abrasado seno contra nuestro suelo—baluarte meridional de la Cristiandad,—sus inacabables ejércitos, primero los almoravides, ignorantes y feroces, y después los almohades, igualmente impetuosos al principio, si bien al fin amigos de las artes y de la cultura, todos los cuales inundaron la Andalucía con sus volantes escuadrones, como inundan las nubes de langostas los campos cubiertos de doradas mieses; el común peligro unió á las diversas monarquías peninsulares y la cruz triunfó á pesar de los desesperados esfuerzos del mahometismo. La derrota de Alarcos, y otras no menos sangrientas, oscurecieron momentáneamente como pardo celaje el júbilo de Castilla enriquecida con la cesión de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa; las guerras de regencia la atribularon asimismo; pero la fe redobló sus esfuerzos, y para defender y acrecentar sus conquistas formó milicias escogidas, únicamente consagradas á la santa empresa nacional, órdenes religiosas y militares á la vez, que amaestradas en los institutos de San Agustín y del Cister, y bajo las sagradas enseñas de Alcántara, Calatrava y Santiago, fertilizaron con raudales de sangre africana en las Navas de To-